

á la ocasión y circunstancias en que leí dicha obra por primera vez, y por la cual pido al lector mil perdones.

Hijo de un modesto profesor de partido, y habiéndose en mí despertado desde la más tierna infancia aquel insaciable afán de leer que hacía á Cervantes recoger los papeles que por la calle encontraba, antes de cumplir los siete años de edad había agotado la pobre biblioteca de mi señor padre. Como casi diariamente iba el autor de mis días á visitar los pueblos comarcanos, mi encargo al despedirle muchas mañanas era que me trajera libros, cosa que hacía él poniendo á contribución las modestas bibliotecas de los párrocos y coadjutores, sus amigos, de los pequeños lugares de que su partido se componía. En una de estas veces, y quizá sin fijarse ni el venerable sacerdote ni mi buen padre en la clase de libro que me entregaban y en mi edad y condiciones, vino á mis manos, con otros varios volúmenes, la obra del P. Debreyne. La leí, como leía entonces todo lo que bajo mi mano caía, pues mi paciencia como lector era inagotable, y algo debí entender de lo que en ella se decía cuando, ya terminada mi carrera, durante la cual refrescó en mi memoria el nombre del ilustre monje trapense el haberlo oído citar algunas veces á mi querido profesor de terapéutica D. Francisco Javier de Castro, recordé el libro y sus interesantes materias, que reconstruí, gracias á mi feliz memoria, entre lo que de niño adiviné y lo que entonces nuevos estudios me habían revelado. Volvíselo á pedir al sacerdote prestadante, quien en esta ocasión no sólo me lo dejó, sino que de él me hizo regalo, admirado de mi fuerza de recordación.

Pero el cariño que pueda tener á la obra del P. Debreyne, por ese conjunto de agradables circunstancias que para mí la rodean, no es bastante á ofuscar mi entendimiento hasta el punto de no ver la gran superioridad que sobre ella tiene el *Catecismo médico* de Mons. Scotti; superioridad en extensión, pues en él se tratan muchos puntos sobre los cuales nada dice el referido Padre, y en profundidad, pues aun las mismas materias de que se ocupa el Dr. Debreyne, son tratadas de una manera más completa y magistral en este libro del Arzobispo de Tesalónica, que empieza por revelar una erudición pasmosa, no sólo en Teología y en Filosofía, sino en las demás ciencias, y principalmente en Medicina, y concluye manifestando en su autor un amor á nuestros fines, á nuestros estudios y á nuestras personas, que es de tanta mayor autoridad, y tanto más nos honra y satisface, cuanto que

este ilustre Príncipe de la Iglesia fué, antes que arzobispo de Tesalónica, director espiritual del Real Colegio de Medicina de Nápoles, cuando esta ciudad era la capital del reino de las Dos Sicilias, y pudo, por lo tanto, juzgar de los hombres y las cosas con perfecto conocimiento de causa.

Nuestra ciencia en general, y nosotros los médicos en particular, debemos, pues, á Mons. Scotti la mejor de las apologías que de la profesión médica se han hecho, pues este libro puede considerarse como nuestra más noble ejecutoria. Y á la vez que demuestra á los profanos con argumentos incontrovertibles que la Medicina es una ciencia divina, y que indica á los sacerdotes los grandes servicios que presta á la Religión, es para los médicos un verdadero tratado de Deontología, principalmente cristiana; les enseña que el ejercicio de su profesión no puede separarse de la buena moral, y les recuerda los grandes beneficios que á la Religión católica deben la ciencia y la humanidad, tales como la fundación de los hospitales, manicomios y hospicios, debida al espíritu de caridad y de amor al prójimo que infundió en el corazón de sus fieles la doctrina del Crucificado; la libertad de diseccionar cadáveres humanos y otras mil cosas más, directas ó indirectas, pues también se da el caso, por ejemplo, de que un acto quirúrgico apenas practicado en la antigüedad, como es la operación cesárea, se haya perfeccionado y hecho relativamente muy frecuente, desde la aparición del Cristianismo, por una cuestión religiosa, cual es la de extraer viva á la criatura del claustro materno para que pueda recibir las aguas regeneradoras del bautismo.

Pero como insinúo ya en uno de los primeros párrafos de este prólogo, la parte que el Sr. Massana tiene en este libro es tanta, que el *Catecismo médico* de Mons. Scotti puede decirse que no ha servido sino de base, de motivo, de pretexto para la obra del distinguido médico catalán, y que su *Cuestionario médico-teológico-filosófico* es una fase muy adelantada de la evolución que los tiempos y los progresos científicos han impreso á la obra del docto Arzobispo italiano, —y perdóneseme que, para hacer más gráfica mi demostración, haya tomado la imagen que la representa de las doctrinas de un sabio que, como Darwin, es también discutido en el libro de que me ocupo.

La mano del Sr. Massana se ve á cada momento en esta obra, con sus oportunas notas y comentarios, con sus adiciones en todo aquello que el estado actual de la ciencia reclamaba, con la inserción de capí-

tulos enteros suyos muy interesantes, descollando entre estos últimos los que consagra á la Psicología y á las ciencias físico-químicas como auxiliares de la Medicina, en los que, cualesquiera que sean las ideas que se profesen acerca de estos intrincados asuntos psico-físicos, no se puede dejar de admirar, sin cometer una gran injusticia, la solidez de los razonamientos, lo elevado de las tendencias, lo esmerado de la labor, y lo numeroso y selecto de los libros y trabajos consultados; y, últimamente—y lo que es muy meritorio y digno de loa en un catalán, ya que ciertos espíritus mezquinos y desequilibrados intentan poner en oposición esa hermosa provincia española con la gran patria y madre de todos,—con el hermoso lenguaje español en que está escrito todo el libro (obsérvese que no digo «castellano» sino «español,» porque así debe llamarse y así se le denomina en todas partes menos en España), el que revela en su autor un depurado gusto literario, la lectura asidua y con fruto de los buenos autores, y una facilidad y una destreza en el manejo de la pluma que no siempre reunen los que de asuntos científicos se ocupan.

Se comprende, pues, que la Real Academia de Medicina de Barcelona haya juzgado digno de premio al Sr. Massana por la adaptación á nuestro idioma y al estado científico actual del libro de Mons. Scotti, y mejor se comprenderá todavía que las respetables clases médica y eclesiástica, interesadas principalmente en la lectura de esta obra, dispensen la más favorable acogida á un libro que, estando consagrado, como de estos mal coordinados párrafos míos se deduce, á demostrar la armonía que entre la ciencia y la Religión existe, en oposición á otros muchos que se han publicado en estos últimos años con fines diametralmente opuestos, es, cual ya he dicho, y por lo que á nuestra digna profesión se refiere, su mejor apología y su más noble ejecutoria.

DR. NICASIO MARISCAL.

Madrid, 30 de Noviembre de 1900.



INSERTAMOS á continuación el interesante *Juicio* que, honrándonos inmerecidamente, se ha dignado escribir para nuestro humilde trabajo, nuestro venerado maestro el ilustre catedrático doctor D. Bartolomé Robert.

SR. D. FRANCISCO MASSANA.

Mi distinguido colega y apreciado amigo: Reciba ante todo la expresión de mi gratitud por la honra que me dispensa solicitando el juicio que me ha merecido la lectura de la obra que acaba de dar á la estampa con el título: *Questionario médico-teológico-filosófico, ó sea, Exposición de las doctrinas que informan la Medicina en sus relaciones con la Moral y la Religión.*

Conocedor de la agitada vida que llevan la mayor parte de los profesores,— y V. especialmente,— dedicados en las poblaciones rurales al ejercicio práctico de la Medicina, y que apenas les permite, robando horas al sueño, dedicarse á la lectura de la prensa profesional encargada de ponerles al corriente del movimiento científico, he de manifestarle que no sin verdadero asombro he visto la publicación de un trabajo que no sólo es muy extenso, sino que por su índole intrínseca ha debido obligarle á una labor seria, reflexiva y por demás prolongada. Sin ofender á nadie, y esto habla muy alto en elogio de V., puedo asegurarle que tiene y tendrá pocos imitadores. Reciba V., pues, aunque poco valga, mi humilde pero muy caluroso aplauso, en premio á sus talentos y á su envidiable laboriosidad.

Pero todavía hay mucho más en V. que es digno de loa. En la

época de descreimiento y de escepticismo que hemos alcanzado, y en unos días en que el racionalismo va amparándose de los espíritus, ha dado V. una gallarda muestra, cuando menos, de energía moral, rompiendo valerosamente una lanza en pro de la Iglesia católica, y tomando la pluma para hacer una campaña á favor de la Deontología, empenándose en una síntesis de doctrinas que pueden servir de norma en la práctica de nuestra profesión. Y todo eso lo ha podido realizar V. mejorando en tercio y quinto la obra del arzobispo de Tesalónica, Mons. Scotti, no sólo traduciendo sus páginas con escrupulosa fidelidad y absoluto conocimiento de causa, sino mejorándolas, ya que ha podido depurarlas de algunos errores del texto, y, sobre todo, modernizándolas para adaptarlas á nuestros días, ya que el libro traducido por V. fué publicado en Nápoles á mediados del siglo que acaba de morir, y por tanto mucho antes de que apareciera la bibliografía moderna, relacionada con los asuntos que V. debate.

No pretendo en manera alguna hacer el análisis del abundoso trabajo de V., por más que me holgara en ello; pero como impresión general debo manifestarle que su libro se encamina muy especialmente al logro de dos propósitos de innegable trascendencia: á armonizar la Fe religiosa y la Ciencia; y á señalar reglas de conducta en el ejercicio de la profesión, no sólo á los médicos creyentes, sino hasta á aquellos que, sin figurar en las milicias de una religión positiva, no aceptan otro credo que el de la llamada moral universal.

Nobilísima y casi sacerdotal es la misión que en toda sociedad civilizada el médico ha de cumplir, tanto que sólo podrá enorgullecerse de saberla realizar el que merezca aquel antiguo mote: *Vir probus*. No basta, no, poseer los secretos de la ciencia: el médico ha de ser algo más que el *medendi peritus*; ha de penetrarse de que el hombre sometido á sus cuidados no es sólo un manajo material de órganos y de nervios, y que por tanto ha de realizar en él unos fines de alta moral, y uno de éstos ha de ser precisamente guardar los mayores respetos á sus creencias religiosas. Pues bien, todas estas y otras reglas de conducta que deben guiar al médico en sus relaciones con los clientes, forman también uno de los principales objetivos del *Cuestionario* de V.; y no pretendo halagar en lo más mínimo su amor propio si le manifiesto que ha logrado sus levantados propósitos. Los místicos, los meticulosos, los desapasionados y hasta los que tengan la desgracia de no creer, han de encontrar en las páginas

de V. consejos prudentes y aclaraciones de puntos dudosos, que les han de servir de orientación en la práctica de su difícil carrera.

Esto es, ilustrado comprofesor, algo de lo más sustancial de su interesante libro; y después de leerlo de la cruz á la fecha sin ningún prejuicio de escuela, le suplico que acepte mi felicitación cariñosa.

Suyo q. l. b. s. m.,

BARTOLOMÉ ROBERT.

Barcelona, Enero de 1901.



ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

OBEDECIENDO indicaciones ajenas, entregamos á la publicidad el presente *Cuestionario*, no ciertamente aguijoneados por el prurito de vana presunción ni por afán de notoriedad, sino con la mira capital de suministrar una como síntesis ó sumario de las doctrinas que pueden servir de norma ó criterio en la resolución de los múltiples y á menudo arduos problemas médico-morales que diariamente surgen en la práctica médico-quirúrgica. Notoria es por demás, en lo que á esta parte atañe, la deficiencia existente en la enseñanza de nuestros Centros universitarios.

Del título de la obra puede ya fácilmente colegirse el criterio que la informa. Si el divorcio entre la Ética profesional y la Moral religiosa trae consigo indefectiblemente aparejados el escepticismo y la duda, harto elocuentemente se deduce, con sólo afirmar esto, cuál debe ser nuestra línea de conducta.

No se exponen aquí, en consecuencia, con criterio independiente, las trascendentales cuestiones de la Deontología médica que la ortodoxia tiene ya definitivamente resueltas, ya que cuando la Autoridad inapelable ha hablado en términos luminosos y perspicuos, no cabe en este linaje de asuntos diversidad de criterios; ni se da como dogmático lo que no ha recibido todavía una solución rigurosamente decisiva: y es así como interpretamos ciertos actos biológicos á la luz de la filosofía escolástico-tomista, hoy día felizmente en próspero renacimiento, la cual, merced á la sólida verdad de sus principios y conclusiones, es también por lo mismo la más autorizada.

Para subsanar, pues, errores en extremo perniciosos, y encauzar inteligencias «por las sendas de la verdad y de la justicia,» juzgamos que pocos serán los libros, quizá ninguno que, cual el de Mons. Scotti, reunan con tanta perfección la solidez en la doctrina al par que la concisión en la forma. Pero no nos impele á no soltar de la mano la pluma el deseo de tributar alabanzas al autor ni encomiar su obra,

acumulando elogios que ni uno ni otra necesitan, porque ellos se recomiendan por sí mismos; hace ya tiempo que el juicio imparcial ha pronunciado su fallo (1): debemos, sí, consignar aquí que el libro de Scotti, escrito en época ya algo lejana, hállese á todas luces anticuado en algunos capítulos íntimamente relacionados con la Fisiología, la Química y la Patología, siendo además defectuoso y manco, como se comprende, de las cuestiones médico-morales resueltas posteriormente á las ediciones de aquél que nos son conocidas.

Estos son los motivos por que hemos intentado, bien que sin pretensiones de acierto, refundir, corregir y aumentar el texto original para que resultara en armonía con el estado actual de conocimientos. A este efecto hemos sustituido los cuatro primeros capítulos de la segunda parte por otros cinco totalmente nuevos, donde entre otras materias se tratan importantísimas cuestiones *bio-psicológicas*, habiendo además hecho adiciones en otros capítulos de esta misma parte. En la parte tercera hanse añadido de nuestra parte los capítulos sexto, séptimo, octavo y décimo, en los que se examinan *la fecundación artificial, la incineración, el aborto directo é indirecto, el embarazo ectópico, el parto artificial prematuro, la cesárea en la mujer viva, la sinfisiotomía, la ovario-histerectomía, el hipnotismo, la cesárea post-mortem, el método Rizzoli, etc., etc.*, aparte las notables adiciones verificadas en los restantes capítulos de la misma parte. Otras modificaciones, además, hemos debido efectuar en el original, ora ampliando ó corrigiendo ciertos pasajes, ora suprimiendo alguna cuestión inútil, etc.; y poniendo al fin de la parte tercera, á título de *Memorándum*, condensadas en un breve resumen de forma aforística, las principales materias contenidas en este *Cuestionario*.

Para imprimir en este libro cierto carácter de nacionalidad, hemos puesto á contribución varias obras y escritos de autores españoles, cuyas doctrinas relucen formando brillante cortejo y preciosísimo contingente en buen número de sus páginas, sin que esto quiera significar que en ocasiones no hayamos contribuido de nuestra parte, con nuestro modestísimo bagaje,—aunque poco ó nada entendamos en achaque de literatura,—á dar á la obra ciertos rasgos de originalidad en la forma. Mucho más hubiéramos hecho si el tiempo de que disponemos, nuestros medios y aptitudes corrieran parejas con nuestra buena voluntad.

(1) Por más que se haya dicho de este áureo libro que su magistral desarrollo constituye un «grandioso plan maravillosamente arquitectónico;» que es una bella y sólida apología de la Medicina y de la Religión, que á la vez ofrece pábulo al sacerdote (como ya lo advierte el autor en varios pasajes de su libro), al profesor, al padre de familia y al joven como al maduro, etc., creemos que no se ha cometido exageración.

Por último, como coronamiento y remate, terminamos con un *Espejismo histórico-bibliográfico* de escritores de nuestra Península, que exprofeso ó por incidencia han tratado de *Filosofía ó Moral médicas*.

Si esta humildísima labor, con sus lagunas y otros defectos, puede contribuir en algo á difundir en nuestra clase los verdaderos principios, sin los cuales la ciencia médica carece de sólida base, quedarán holgadamente recompensadas nuestras más ardientes aspiraciones; y si alguien conceptuara nuestro modesto trabajo cual informe mezcólanza de añejo y moderno, contestaremos, que no siendo nosotros jueces competentes en la materia, apelamos al tribunal de las personas sensatas, no sin protestar del buen intento que ha presidido á su publicación (1).

(1) Para la traducción nos hemos servido del original italiano titulado *Catechismo medico, ossia sviluppo delle dottrine che conciliano la Religione colla Medicina, di Monsignor A. A. Scotti, arcivescovo di Tessalonica, già precettore di S. M. Siciliana, etc., etc.*; edición de Nápoles (año 1845); habiendo dejado sin traducir tres capítulos, que hemos considerado en parte anticuados y en parte poco pertinentes á la índole de este *Cuestionario*.—Los pasejes ó textos bíblicos, muy numerosos en la obra de Scotti, los hemos tomado literalmente de la traducción española hecha de la Vulgata latina por el Ilmo. Torres Amat.—Cúmplenos consignar aquí que una Revista de esta capital, *El Sentido católico en las ciencias médicas*, apreciable periódico que vió la luz pública desde 1879 á 1888, publicó en nuestra lengua el *Catechismo* de Mons. Scotti; pero á no engañarnos, dicha versión lo fué de otra del Scotti en lengua francesa, y faltan además en ella cinco capítulos del original. En obsequio de la verdad tan sólo, y sin ánimo de zaherir á nada ni á nadie, ni mucho menos hacer alardes de cierto género que no tenemos por costumbre, diremos que la mentada traducción efectuada por el *Sentido católico*, aun pasando por alto numerosísimas erratas que contiene, aparece con frecuencia demasiado libre, no siendo en muchos puntos fiel expresión del original ni de la verdad (ignorando si esto depende de dicha versión del referido periódico, ó de la versión francesa); y si á menudo hemos seguido en nuestra traducción algunos de sus términos y conceptos, ha sido únicamente de aquellos que nos han parecido ser los más apropiados al caso, y por tanto casi insustituibles. Pero nos conviene manifestar también, que en este libro hallará el lector dos capítulos sumamente interesantes del original, que no constan en la versión de *El Sentido católico*, conviene á saber, los trece y catorce de la parte segunda, intitulados: *Reglas higiénicas útiles á la Religión, que el médico puede inculcar para prevenir las enfermedades*, el primero; y *Servicios que el médico puede prestar á la Religión ratiocinando sobre la eficacia de la Medicina y sobre la resignación á la divina voluntad*, el segundo (a).

(a) Señalamos con un asterisco todas las adiciones y reformas más notables hechas de nuestra parte á la obra de Mons. Scotti, así en el texto como en las notas; y cuando se trata de un capítulo entero puesto en sustitución á otro del texto original, ó añadido al mismo, el asterisco está colocado en la margen del título del capítulo correspondiente.



PRIMERA PARTE

DE LOS BENEFICIOS QUE LA MEDICINA HA RECIBIDO DE LA RELIGIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Dios es el primer autor de la Medicina

Opinión de los gentiles.—Enseñanzas de la Religión cristiana.—Prueba sacada de los primeros monumentos del arte.—Cómo Dios suministra á la Medicina los medios de curar.—Cómo contribuye á su éxito.

I.—**Opinión de los gentiles.**—Es un hecho digno de nota el feliz acuerdo que en mi sentir reinara, entre antiguos filósofos y mitólogos, en el esencial punto de mira de atribuir á la Divinidad, como manantial de todo bien, las más sabias y útiles invenciones, y muy especialmente la Medicina, digna de ocupar en jerarquía el primer grado (1).

En efecto; Hipócrates refiere ya en sus escritos haber sido tal institución considerada *Arte digno de Dios* (2) y *don de su Providencia* (3); y Herófilo, según atestigua Escríbonio Largo (4), dejó consignada igual sentencia. El príncipe de la elocuencia romana, Cicerón, intituló la Medicina, *un Arte consagrado á la invención de los dioses* (5); y Galeno confirma haber sido ésta justamente *la opinión de todos los siglos* (6).

(1) Menander. Piscat. ap. Stob., p. 749. Francfort, 1581.—Séneca, *Epist.* XC pág. 574 Amberes, 1605.

(2) *De Veteri Medicina*, pág. 13, tom. I. *Oper.* Génova, 1657.

(3) *Epist. ad Abderitas*, pág. 15, tom. I. *Op. Gén.* 1657.

(4) *Epist. preliminar.*, lib. de Compos. medicament., pág. 142. Venecia, 1547.

(5) *Quæst. Tuscul.*, lib. III, c. 1.

(6) *Introductio ad Script.*, pág. 360, tom. II, París, 1679.